

tos, era mejor Isabel para Marsilla que Leonor para Manrique. Además, Calvo no tenía la *arrogante* figura que el público quería ver en el apuesto rival de D. Nuño; los que habían visto á Latorre se quejaban de la estatura de Rafael; parece ser que las plumas del casco tampoco eran como las de Latorre, ni tenían *color* de época (*color* que tampoco tiene Manrique, ni falta).

Añádase á tales contrariedades que el *atrezzo* del Español, incluyendo en el italianismo comparsas, partes de por medio, *barbas*, damas de carácter, etc., siempre dejó mucho que desear, llegando al extremo de creerse por muchos cómicos nuestros que durante la Edad Media todo el mundo se vistió de percal. Pues bien; á pesar de todo eso, el talento de Rafael Calvo, nada más que el suyo, revelaba aproximadamente, la idea del poeta; una de las más hermosas que relampaguearon en el teatro castellano...

A D. Luis Calvo le llama la atención, y mucho insiste en este punto en las notas que ha tenido la bondad de facilitarme, la novedad de la lectura de poesías desde la escena, introducida por Rafael. En efecto, Calvo mostró el mismo interés que Plinio por esta clase de ejercicios; pero, como el romano, sufrió el desencanto, á la larga, que el público siempre acaba por causar á los partidarios de esta clase de lecturas en alta voz.

Las lecturas públicas que dieron tanto dinero á Dickens y tanta fama á *Legouvé*, son un género de espectáculo *composite*, falso... y, lo que es peor que todo, necesariamente tedioso. Su necesidad para ciertos efectos puramente útiles, nadie la niega; pero como acto estético, como medio social de gozar mancomunadamente de lo bello, sólo excepcionalmente pueden recomendarse. Y, sobre todo, aunque sean cosa buena, lo cierto es que aburren. Un poeta, leyendo, en nuestros tiempos, sus propios versos, sus ideas y sus sentimientos más íntimos ante un ilustrado público, acaba por parecerse á un escarapate. *Nuestros líricos* actuales, hambrientos de gloria sonora y plástica, recurren de muy buen grado á estas exhibiciones, con las que no salen ganando nada la dignidad y el santo pudor de la inspiración sincera. Es más; han llegado á escribir á veces para el efecto *oratorio*, y han sacrificado la sencillez y naturalidad al concepto que arranca risas ó aplausos, al efecto teatral ó á la frase *rotunda* y gráfica de un *pindarismo* tribunicio de muy mal gusto. *Canten* ustedes, si se atreven, ó, por lo menos, reciten de memoria sus versos... *inter amicos*; pero no los lean á la masa abigarrada de un público indocto y fundamentalmente prosaico, que los castiga á ustedes, aplaudiendo, acaso más que á los poetas de veras, á los charlatanes que, con mejor voz que el *vate*

auténtico, y probablemente con mejor figura, también dan lecturas públicas en academias, y ateneos, y salones...

Lo que Calvo quiso hacer, y comenzó con buen éxito relativo, era algo más que una lectura de ese género. Era una especie de representación de poemas.. *El vértigo* sirvió de ensayo. El público aplaudió. Pero yo, que tanto aprecio á Núñez de Arce y tanto aprecio á Calvo, hubiera preferido verlos juntos, v. gr., en el *Haz de leña*.—*Non se ne parle piu.*

En los años á que me estoy refiriendo, llenos de gloria para Rafael, hay que observarle en relación con otros dos artistas: hay que hablar de Calvo y Echegaray, hay que hablar de Calvo y Vico.

No fué Calvo quien reveló al público el talento dramático de Echegaray; no era Rafael aquella figura romántica, pero á su modo, nueva, original, llena de gracia, vigor y frescura, que se presentaba en *La esposa del vengador* á recitar versos cuasi cultos, pero sonoros, pintorescos, airosos; vibrantes, y á cometer atropellos y causar desgracias irreparables entre deliquios amorosos y alardes de abnegación y bravura; el primer intérprete de Echegaray fué el mismo que hoy es su único intérprete, Antonio Vico, el que había de ser D. Juan de Albornoz, segundo conde de Orgaz, y el millonario de *La última noche*,

y el Servet de *La muerte en los labios*, y el D. Lorenzo de *Ó Locura ó Santidad*... Si no recuerdo mal, Calvo no estaba en Madrid cuando Echegaray apareció en el horizonte de..., quiero decir, cuando D. José empezó su triunfal carrera de dramaturgo. Si no estaba fuera de la corte, á lo menos no trabajaba en el teatro donde Echegaray estrenó su primer drama.

Calvo y Echegaray se encontraron cuando ya este último era célebre; pero el primer abrazo que se dieron en la escena al repartir una ovación, los unió para toda la vida.

Los que por desgracia vemos las cosas de cierto modo y las decimos tal como las vemos, y no vemos en la España de nuestros días muchas cosas buenas, estamos, á mi entender, obligados con más fuerza que nadie á ensalzar con calor y entusiasmo continuo aquello poco de España, que, en efecto, nos parece digno de elogio, obligados á alabarle hasta por medio de sutilezas del gusto y del juicio. No todos los que son de mi opinión, en punto al escaso mérito de nuestras habilidades de presente, siguen esta conducta de saborear despacio, con delicia, y decantando el placer que se experimenta al saborear, las gotas del néctar de ingenio que los dioses desdeñosos se han dignado dejar caer sobre nuestra tierra.

Soy el primero, ó por lo menos no me quedo

muy atrás, en reconocer los defectos de Echegaray (como los de Calvo); pero también digo que entre Echegaray, Calvo y Vico, unas veces los tres juntos, ¡noches solemnes!, otras veces el poeta con uno de los dos cómicos, nos han hecho gozar en ciertas ocasiones á los espectadores de buena voluntad, á los de la *naïveté* espontánea, natural, y á los candorosos por reflexión y esfuerzo, y acaso alambicamiento, verdaderos placeres espirituales, de pura estética, y de un género nacional, tan nacional como puede ser el capeo á la limón de *Lagartijo* y *Guerrita*, por ejemplo. Un extranjero puede entender y gustar la *Consuelo*, de Ayala, casi tan bien como un español; pero los desafíos, y los escalamientos, y las digresiones líricas de Echegaray, y sus baladronadas enfáticas y armoniosas, hecho todo ello por Calvo, no cabe que sean para un extranjero fuente de placer tan abundante y sabrosa como lo son para mí, para ustedes; los mismos que, digamos lo que digamos, tenemos en el pecho un rinconcito de callada simpatía para *Lagartijo* y *Frascuolo*, á quien hemos visto salvar la vida de un hombre con una capa echada á los ojos de la muerte. La analogía que parece que apunto al decir eso, no es, tal como yo la siento, ofensiva para nuestro poeta y nuestro cómico. ¡No! Los toros deben suprimirse, es claro; pero es innegable su elemen-

to estético genuinamente español, y que tiene, *mutatis mutandis*, secreta relación con el género de nuestra inspiración poética y el gusto nacional más espontáneo. Cuando Calvo, en nombre de Echegaray, gritaba en la escena que la mujer que él tenía en sus brazos era

Más pura y más honrada
que su madre de usted, mal caballero!

el público que aplaudía, puesto en pie, frenético, el arranque valeroso, el apóstrofe que encierra, era, en rigor, el mismo que hace ídolos de esos hombres que exponen la vida tres veces por semana con la gracia con que un magnate cortesano dirige un cotillón.

Para mí hay tres Echegaray, mejor dicho, hay cuatro. Uno es el Echegaray de los dramas románticos, poéticos, legendarios, casi siempre en verso, llenos de visiones y de *escalofríos* ó temblores, el Echegaray que nunca suele gustar al público *inteligente*, al de las *inverosimilitudes*, al que tan bien pinta Bourget, hablando de los espectadores de los estrenos de París; el Echegaray que tampoco solía gustar á Revilla; el de *Mar sin orillas*, digno de Shakespeare, á pedazos; el de *En el seno de la muerte*; este es el Echegaray de Calvo. Para este Echegaray había nacido Rafael, como había nacido para los versos divinos de nuestros

poetas antiguos. Así como unido á Vico nos ha refrescado *Don José*, en otra clase de dramas, con ráfagas de genio, que niegan ciertos señores acostumbrados á que les soplen con el fuelle de aire caliente de cierta poesía doméstica, *burguesa*, dulzona, insípida y soñolienta; así, unido á Calvo, nos ha hecho vislumbrar lo que pudo haber sido, lo que podrá ser cualquier día que Dios quiera un teatro español idealista, en que nuestro genio nacional despertara ó despertara con sus cualidades nativas, sin olvidar las enseñanzas y las exigencias del tiempo, pero enlazándose á la tradición gloriosa con la sarta de perlas que el romanticismo de los García Gutiérrez y Rivas nos dejó para gloria suya y esperanza nuestra. Esperanza tal vez ya perdida, pues no aprovechada su obra ni aprovechada la de Echegaray, ya apenas cabe creer que todos ellos sean precursores de un teatro nuevo español desconocido, del cual sólo se pudiera decir cómo iba á ser, por lo que tuviera de nuestra época y por lo que tuviera de nuestra herencia.

Más adelante aludiré al Echegaray de las *otras tres* maneras; pero ahora no hay que salir del Echegaray de Calvo.

Juntos estaban la primera vez que yo vi á Rafael de cerca. D. José me presentó á él; era en el ensayo general de *La hija del aire*, obra que Calvo quiso representar en honor del poeta in-

mortal, con todo, ó casi todo el aparato que su argumento requiere.

En aquel tiempo comenzaba yo á pasar el sarampión naturalista; no creía apenas en el teatro, *género secundario*, y además creía que nuestros cómicos, en su mayoría, y esto sigo creyéndolo, eran cosa perdida. Tengo que confesar que entonces Rafael me cautivaba mucho menos que cuando yo *venía* de mi pueblo, y menos que ahora, que ya se ha muerto, y no le puedo resucitar. No obstante, fué para mí momento solemne el de ver tan á mi lado, y hablarle, al artista que, en días ya lejanos, no distinguía bien desde el paraíso si era joven, si era viejo, y cuyo arte me había sabido á cosa de mi tierra por lo que hablaba á mi alma, como el cielo estrellado y los templos en que yo oía misa.

Calvo y Echegaray, en un entreacto del ensayo, hablaban en dos butacas que se tocaban, y yo en la fila inmediata, detrás, los escuchaba con atención y reflexionando. Los dos me describían entusiasmados el teatro de Dumas, padre; era aquello un himno al romanticismo aventurero, á las maravillas del efecto grandioso y sorprendente; Echegaray era la estrofa, Calvo la antistrofa; el poeta veía el cuadro escénico y lo iba pintando según lo veía; *Catalina... Margarita*, por allí iban pasando. Calvo veía lo mismo; poeta él también á su modo. Yo

callaba, por no confesar que el teatro de Dumas, padre, lo había leído de chico... y lo había olvidado. No me daba vergüenza, por aquello del género secundario, y porque el autor de *Los Mosqueteros* era, por aquella época, para mí, un ilustre loco, cuyas obras no debía recordar el hombre de gusto. Aquellos dos hombres *comulgando* en la Torre de Nesle, con tanta sinceridad entusiasmados, á pesar de las reservas que tenían que hacer y que hacían, en honor del sentido común, eran, sin duda, aun con los defectos de su talento y con los defectos de su gusto romántico, dos valores positivos del arte nacional, nacidos para entenderse, para compenetrarse... ¡Oh, el arte de la escena! ¡Si Dios quisiera darnos cómicos y poetas, cuánto podría hacernos gozar todavía, cuánto podría hacernos valer, siendo secundario y todo! Pero era menester que tuviéramos varios Echegaray para Calvo, y muchos Calvo para Echegaray. Y es claro que esos otros Calvo y Echegaray no habían de ser monótonamente iguales que los conocidos.

Hoy Calvo ya no existe, y el único Echegaray que tenemos, y que algunos críticos y parte del público quieren echarnos á perder, no cuenta con más Calvo... que Vico.

Vico está solo. Ni hombres ni mujeres le acompañan. Por lo cual Echegaray tiene que

dedicarse á darnos sin cesar variaciones sobre el *Robinson*.

Pero hubo algún tiempo, aunque duró poco, en que se encontraron en las mismas tablas á un tiempo Calvo y Vico. Echegaray estaba en sus glorias. Ya podía hacer diálogos que fueran propiamente representados. Hermosa muestra de lo que podría resultar de esta embrionaria y sencillísima *armonía* cómica, se nos dió en *La Muerte en los labios*. Cuando se veía á Rafael y Antonio batirse con palabras en la escena, comunicarse el fuego de la pasión poética y hacer brotar el verdadero interés dramático, se pensaba en lo que hubiera podido ser nuestro teatro español representándose mucho de lo antiguo y algo de lo moderno, si hubiera varios actores como aquellos dos, y, sobre todo, algunas actrices dignas de ellos. La Boldún, que ya era mucho, que iba á ser mucho más, se había retirado en mal hora. No quedaba ninguna *dama*. ¡Y la mujer es, por lo menos, la mitad... y un poco más, del arte!

No recuerdo que hayan trabajado nunca juntos la Boldún, Vico y Calvo. Cuando estos dos se juntaron ya no había hembra en el teatro. Esto daba *monotonía masculina* á la escena y quitaba mucho efecto al juego dramático. Además, en el teatro hay una especie de adaptación al medio para el poeta, y si las mujeres de

Echegaray son, por regla general, inferiores á los hombres, más vulgares y más *artificiales*, se debe en gran parte á que Echegaray no podía ni puede esperar que sus creaciones femeninas las vea el público tal como son, ni aproximadamente.

El gran galeoto lo estrenó Calvo... con Jiménez. Faltaba Vico. (Como Vico estrenó *Consuelo*... sin Consuelo. Faltaba Elisa Boldún.)

Ignoro si algún día hubo rivalidades entre Vico y Calvo; supongo que no; lo que puedo decir es que llegaron á entenderse, á quererse, y juntos se proponían trabajar en adelante mientras no los separase la suerte, que los separó tan pronto. El talento de cada cual, en efecto, no debía estorbar al del otro; era lo probable que en toda obra escénica bien construída hubiera espacio para los dos, sendos caracteres que representar. Calvo y Vico no se parecían en más que en ser dos verdaderos artistas. Compararlos era tarea ociosa, cuando no llena de malicia. El talento de Vico era mucho más flexible, servía para más cosas, y servía más para el teatro moderno, según es en la tendencia realista predominante. Pero el verso clásico español, á no ser en los acentos de suma energía y en ciertas notas tiernas, dulcemente *desesperadas*, nadá frecuentes en nuestros poetas antiguos, no tenía en los labios de Vico una lira tan sonora como en

los labios de Calvo. La manera romántica, antigua y moderna; la tendencia lírica, que siempre serán en un teatro genuinamente español elementos principales, tenían el mejor intérprete en Calvo, el cual, á fuerza de *cantar el modo calderoniano*, había llegado á ser como esos instrumentos de músicos célebres, de que nos habla Guyau, que, según el crítico francés, porque han estado largo tiempo en manos de los grandes maestros, guardan algo de ellos para siempre. Las melodías, dice el malogrado pensador, con que se ha estremecido el violín de un Kreutzer ó de un Viotti, parece que han cambiado poco á poco la dura madera; sus moléculas inertes, atravesadas por vibraciones siempre armónicas, se han colocado por sí mismas en no sé qué orden que las hace más á propósito para vibrar de nuevo según las leyes de la armonía...» Eso era Calvo; la lira de Calderón y Tirso.

Vico y él, que se entendieron como buenos hermanos; que repartieron laureles sin envidia; que se abrazaron en la escena en abrazo sincero que ataba para siempre, se prometieron un día, en Bilbao, en presencia del que me facilita estos datos, unirse para siempre para bien del arte.

«De repente Rafael dijo á Antonio: —Lo que nosotros debíamos hacer era unirnos, tomar el teatro Español, y continuar juntos el resto de nuestra vida artística.

—Por mi parte no hay inconveniente, repitió Antonio.

—Pues por la mía, menos.

Y allí quedaron convenidas las bases para la sociedad, que había de durar hasta la muerte de Rafael.»

La muerte. Ya la tenemos cerca. En esta vida, consagrada como pocos á la mágica *Maia*, pues es la vida del *reflejo de la ilusión* la vida de un cómico, ya llegamos al despertar misterioso. Mas en vez de hacer frases fúnebres, prefiero recordar con alegría que antes de morir Rafael Calvo se hizo rico; fué por poco tiempo. Pero esto no importa; él no quería la riqueza para él, sino para los suyos, que le sobreviven y de ella gozan.

El viaje de Calvo á América y su feliz retorno y nuevos triunfos hasta el día de la muerte, están muy recientes, los recordamos bien sus amigos, y sólo podrá tener cierto interés su narración si yo le dejo la palabra al que fué querido hermano del que lloramos todos.

Ya no volveré á hablar por cuenta propia en esta parte biográfica de mi trabajo.

«Hacía muchos años que se le venían haciendo proposiciones por muchos empresarios de América. Él nunca había querido aceptar.

»Acariciaba la esperanza de hacer esa expedición por cuenta propia; pero carecía de fortuna para llevar tan lejos su Compañía.

»Instado por muchos amigos y por un actor llamado Jordán, que había estado muchos años en Buenos Aires, y que á la sazón figuraba entre los actores del teatro Español, se decidió á intentar este negocio.

»Necesitaba, ante todo, saber si lo era. Envió á Jordán á Buenos Aires con encargo de que anunciase su resolución de ir á allá, y si á este anuncio encontraba quien le anticipase 14.000 duros, sin otra garantía que su trabajo, se pondría en camino inmediatamente.

»Se hallaba en Barcelona, cuando recibió carta de su emisario con los 14.000 duros pedidos, adelantados por la Banca española. Entonces preparó el viaje con todos los compañeros que le quisieron seguir. Pocos fueron los que no le acompañaron.

»En la última función que dió en Barcelona, el público catalán, que le estimaba mucho, preparó una despedida extraordinaria, de tal forma, que él, conmovido y no sabiendo cómo agradecer aquella manifestación de cariño, ofreció en sentidas frases que los primeros versos que dijera á su regreso, los diría en Barcelona. Fué tal el entusiasmo que este ofrecimiento produjo, que muchos espectadores asaltaron el escenario para estrechar la mano de Rafael en medio de los estrepitosos aplausos del resto del auditorio.

»Salió de Barcelona el mes de Agosto de 1883 con dirección á Buenos Aires.

»El recibimiento que se le hizo en la capital de la República Argentina fué digno de aquella República.

»La embarcación que los conducía era de gran calado y no podía anclar en el puerto. Una pequeña embarcación, preparada por el Gobierno, empavesada con banderas nacionales y españolas, salió al encuentro de Rafael. Cuando éste y su Compañía saltaron á ella, una música dispuesta al efecto los saludó con aires españoles. El muelle estaba materialmente invadido por todo lo más notable de la población, que recibió con vítores y aplausos á los actores de Madrid. Acomodados éstos y parte del acompañamiento en elegantes carruajes, precedidos de la música y seguidos de multitud de personas, hicieron su entrada en la capital entre salvas de aplausos y vítores incesantes.

—»¡Qué vergüenza, querido Luis, me escribía Rafael, si después de entrada tan solemne no hubiera satisfecho mi trabajo á público tan entusiasta!

»Por fortuna no fué así. Buenos Aires, Montevideo y Chile le tributaron extraordinarias ovaciones, le colmaron de valiosos obsequios, y en poco más de dos años hizo en América la fortuna que hoy lega á sus hijos.

»Se enorgullecía de haber hecho conocer á sus hermanos de América las maravillosas obras de nuestro teatro moderno (1), considerado por entonces allá en lastimosa decadencia, y de haber contribuido en la medida de sus fuerzas á estrechar los lazos de unión entre las Repúblicas americanas y su madre España.

»De regreso á la Península, las familias que le acompañaban en el viaje le obligaban la mayor parte de las noches á decir ó leer composiciones poéticas; pero al entrar en aguas españolas no hubo forma de que dijese ni un verso más. Había ofrecido á los barceloneses que los primeros que dijese en España los diría en Barcelona, y cumplía fielmente su promesa.

»Yo le esperaba en Bilbao en compañía de sus hijos. En nuestra primera entrevista me preguntó con la curiosidad de un niño:

—»Vamos, dime: ¿soy ya rico, ó sigo siendo pobre? Tendremos muy poco dinero, ¿verdad?

»Él me había enviado todos sus ahorros, y ni se había fijado en lo que mandaba.

—»Según lo que entiendas por poco, le respondí.

—»Vamos á ver, replicó entonces con más interés, ¿cuánto tengo?

(1) No se olvide que habla el Sr. Calvo.

»Y al enterarse de la cantidad que constituía su fortuna, exclamó lleno de júbilo:

—»¡De modo que ya soy millonario!

»Cualquiera hubiera dicho que era codicioso. Yo mismo me figuré que había cambiado de carácter, cuando, acercándose á mí, me dijo como dominado por una idea:

—»Mira, ahora lo único que pido á mi suerte es que ningún hermano necesite mi fortuna; porque si alguno de ellos la necesita, yo se la doy.

»Rafael marchó á Barcelona á cumplir su promesa. Antonio (1) vino á Madrid al teatro Español adonde había sido contratado por Felipe. Al año siguiente se unieron.

»Pensaba Rafael haber hecho dentro de algunos años otra expedición á América, y confiaba en decidir á Antonio á que le acompañase. Quería que éste hiciese también su fortuna y completar él su capital. Sólo le arredraba la responsabilidad moral que contraía si á Antonio, tan opuesto á esta clase de viajes, le ocurría una desgracia.

.....
»Jamás había tenido temor á la muerte; pero desde hacía dos años había dado en la manía de que estaba cercano su fin. Siempre que se separaba de sus hijos, me decía con pena:

(1) Vico, á quien había encontrado en Bilbao.

—»Temo que no he de volverlos á ver.

»Había manifestado gran oposición á emprender este último viaje á Barcelona. ¡A la Barcelona que él tanto estimaba! Parecía tener cierto extraño presentimiento.

»Le faltaban ya pocos días para regresar cuando ocurrió en la capital de Cataluña el fallecimiento de su hija Margarita, la más pequeña, y quizás la que él más amaba. Esta desgracia le sumió en el más profundo abatimiento. Salió para Puigcerdá el mismo día en que recibió la fatal noticia, con objeto de aislarse y entregarse de lleno á su dolor. Llegó enfermo y hubo de hacer algunos días de cama. Apenas restablecido partió á Cádiz, adonde llegó extenuado por su enfermedad y por su pena. Descansó sólo un día y comenzó á trabajar, aunque enfermo. A las pocas funciones le rindió el mal; tuvo que permanecer en su lecho, y falleció el día 3 de Septiembre, á las siete y quince minutos de la mañana.»

VI

Imitando una frase, famosa algún día, del célebre economista Bastiat, podría decirse, á creer á los más: Teatro, decadencia, Teatro español, decadencia sobre decadencia. Tal vez la palabra no sea la más propia para expresar el